



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 32. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Agosto 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

1.ª EDICION. — DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION. — ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION. — ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.	PROVINCIAS.	MADRID.	PROVINCIAS.	MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 30,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.		Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »		Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »		Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »		Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA y PUERTO-RICO los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con solo el aumento de 15 por 100, en razón al mayor coste de franqueo. Agentes generales. — MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C. — BUENOS AIRES: D. Manuel René. — CHILE y PERÚ: D. Julio Feal y Prado.

## SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Manteleta bordada. — Toquilla de crochet y madroños. — Cinturon para vestidos. — Túnica-blusa para baño. — Mantelo de faya guarnecido de fleco y pasamanería. — Cuellos y puños de moda. — Pañuelos de moda. — Dos distintos sombreros para jardín. — Gorro-redecilla y zapato para baño. — Pantufla bordada en piel. — Arandela para pie de lámpara. — Cordones para alzaparaos. — Cenefa de aplicación para adornar sillerías. — Bolsa para ropa blanca. — Accesorio cubierto de tul. — Puntillas de trencilla, crochet y encaje irlandés. — Cartera bordada. — Dibujos de pasamanería. — Flecos de crochet. — Estudios prácticos sobre el arte de la costura. — LITERATURA: Barcarola, poesía, por Adolfo R. Gamez. — A mi amigo Gerardo Couder, poesía, por Justo de Salinas. — A la llave de un sepulcro, poesía, por Emilia de Calé y Torres de Quintero. — Carta á Guadalupe, por María del Pilar Sinués de Marco. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Perez. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Conversación con las damas, por la Condesa de Valdivia. — Correspondencia. — Variedades. — Explicación del figurin.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

Los modelos contenidos en este número que tengan patron, debe buscarse este en el pliego que acompañaba al número 31 de EL CORREO, correspondiente al 18 del presente mes.

### 1. ARANDELA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

Esta alfombrilla ó pequeño tapete para colocar encima una lámpara ó sortijero, se borda en piqué con aplicación de flores de cretona, ó en paño blanco ó gris con la misma aplicación: el paño va picado en ondas alrededor, y lleva una cenefa con seda rosa y gris y algo de hilillo de oro, todo bordado á punto ruso.

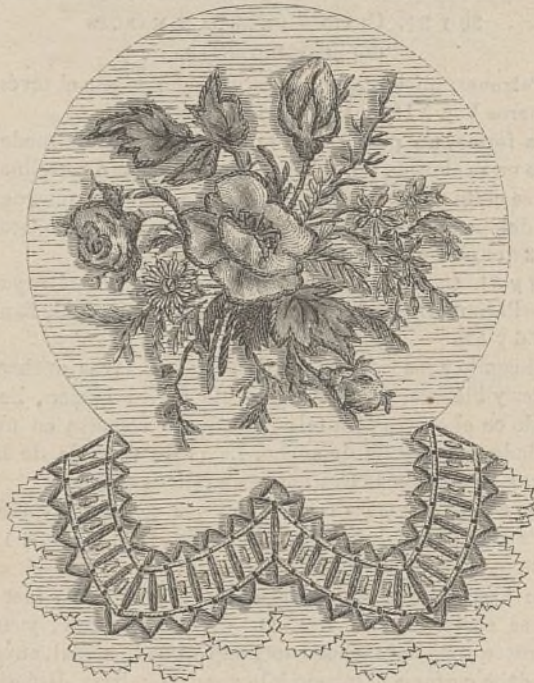
### 2 Y 3 CORDON TRENZADO.

Estos grabados indican claramente la manera de trenzar un cordon grueso con cuatro ramales de cordon de color, destinándose para alzaparaos y adornos de cortinajes: pueden ser de dos colores, como indica el núm. 3, y sencillamente con cuerdas de cañamo se hacen cadenas para suspensión de lámparas ó jardineiras, que luego se barnizan como ellas.

### 4, 6 Y 7. BOLSA PARA ROPA BLANCA.

Materiales: Peralina inglesa encarnada, muselina blanca, piqué blanco, algodón de bordar grueso, soutache blanco.

Empléase 4. Trenza de trencilla para la cartera núm. 6.



1. Arandela para pié de lámpara.



2. Cordon para alzaparaos. (Véase el núm. 3).



5. Cenefa de aplicaciones para sillerías.

para este objeto un pedazo de tela encarnada, al hilo, de 36 centímetros de ancho por 50 de largo, cubierto de muselina blanca, que se dobla enteramente por la mitad, se cosen las cabeceras, y se refuerzan con ballenas los dos bordes de la abertura: el adorno consiste en bullones de muselina alternados con tiras bordadas y recortadas en piqué, de las que ofrece muestra el núm. 7; el bordado está hecho con blanco y algunos puntos rojos, transparentándose por los recortes la percalina encarnada. Cada una de estas tiras está terminada por un fleco de algodón y cubren por las orillas el cosido de los bullones: en el borde superior están cubiertos los remates de todo con una trencilla blanca puesta en ribete. Las asas ó cintas de la bolsa para colgarla cerca del lecho se hacen de una trenza de trencilla de tres ramales, de que ofrece muestra el núm. 4.

### 8 Y 9. PUNTILLAS.

La primera está hecha de crochet y trencilla cluny, resultando su ejecución enteramente clara en el dibujo. La segunda está hecha con dos clases de trencilla cluny y trencilla común, debiéndose para ella hilvanar las trencillas sobre un dibujo y unir las con calados de aguja de coser.

### 10 Á 12. BOLSA PARA ROPA BLANCA.

Dibujo: en el pliego de patrones y dibujos.

Este elegante modelo se compone de dos géneros de bordado y de una nueva variación de encaje irlandés, hecho con cinta de medallones, y cuya colocación ofrece claramente el núm. 11. El fondo de la bolsa está bordado en tela cruda con algodón grueso blanco, y alrededor lleva un entredós á la inglesa bordado en percal blanco, cuyo cosido al fondo cubre una cintita del mismo encaje irlandés. La puntilla calada á feston y cordoncillos se pega al aire, y un lazo azul como el transparente de percalina cierra la bolsa.

### 13 Y 37. SOMBRERO DE MUSELINA PARA JARDIN.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. 6, figs. 8 á 10). Empléase para el ala una tira de muselina de 14 cents. de ancho por 82 de largo, la cual se nesga de las puntas para cerrarla, y se le hacen frunces, por los que se pasan ballenas ó alambres para darle la forma que muestra el número 37. El bavolet se pliega aparte y se coloca en el ala donde indican las letras del patron, reuniendo todo esto al fondo, que se hará sobre tul fuer-



3. Manera de ejecutar el cordon núm. 2.



te, plegado y montado en un alambre circular: rizados de la misma muselina lisa ó moteada adornan el sombrero, bien sea solo alrededor del ala y fondo, bien cubriendo este por delante y descendiendo en echarpe flotante por detras.

#### 14. CINTURON PARA VESTIDO.

Este cinturón es á propósito para vestido de percal de dos telas: se necesita un pedazo de una de ellas de 50 centímetros de ancho por 24 de largo, cortado en arco del centro como un peplum y montado de arriba á una cintura con una tabla triple, bajo la cual se colocan tres lazadas de tela de cuadros cortadas al biés, de 7 cents. de ancho y largos desiguales: las dos grandes lazadas inferiores tienen 32 cents. de largo por 14 de ancho, y se colocan lo mismo que el nudo como indica el dibujo.

#### 15 y 16. ACERICO.

Bordado en tul y cenefa de punto de aguja.

Armase el acerico sobre una caja de madera ó cartón redonda, de 4 cents. de altura por 51 de diámetro, rellénalo el acerico de crin. La parte superior se cubre de tul grueso, bordado con lana céfiro amarillo, y en hebra doble á zurcido, como muestra el núm. 15. El borde de la caja está cubierto de una cenefa á tiras trasversales amarillas y blancas, terminada una de las orillas por una puntilla de malla ó de punto: para la tira de punto se ponen en la aguja 16 puntos, y se hacen seis vueltas de cada color, unas que resulten todas del derecho y otras todas del revés. Una pequeña almohadilla de tafetan blanco cuadrada ocupa el centro del acerico.

#### 18. PANTUFLA BORDADA EN PIEL.

El patrón y dibujo le ofrece el pliego de dibujos, y debe bordarse en piel con soutache y cordoncillo de oro. El mismo pliego da más detalles para su ejecución.

#### 17, 19 y 20. MANTELETA.

(Patrón: en el pliego de patrones por el derecho, número II, fig. 5).

El mismo pliego ofrece los detalles para confeccionar esta prenda, que se usa mucho como abrigo ligero para el verano. No obstante, diremos de paso que pueden lo mismo hacerse en cachemir negro que de color: la una lleva un biés de faya del color mismo y bordados del color del cachemir, y la otra lleva biéses de faya negra y entredoses hechos de pasamanería, de los que ofrece muestra el núm. 17.

#### 21 a 25. OBJETOS PARA BAÑO.

21 y 22. Zapato para baño.—(Patrón: en el pliego por el revés, núm. XV, figs. 60 y 61).

Nada más fácil que hacer en la casa estos zapatos, con ojete á los lados para dar entrada y salida al agua: se hacen de cuti gris, y desde la costura de la pala se ribetea los bordes con trencilla azul, y se refuerzan por dentro con una tira de hilo fuerte. Un áncora bordada con lana azul y trencillas y lazos azules de la misma trencilla los completan.

23. Blusa para baño.—(Dibujo: en el pliego de patrones por el revés).

Este modelo es de tejido blanco afelpado como las toallas, y está cortado como una camisa de hombre, con sus nesguillas en la manga y escote: el cuerpo ó árbol necesita 130 cents. de largo por 164 de ancho, dejando los dos bordes para juntar por delante, y se ribetea todo, lo mismo que hombro y nesguillas de trencilla encarnada. La manga cortada de 54 cents. de ancho por 60 de largo, se ensancha con un cuadrado de 12 cents. El cuello de tela doble mide en su borde superior 54 cents. de largo y 12 de ancho por delante y 8 por detras: la blusa va montada entre las dos telas del cuello, y los bordados son arabescos hechos con trencilla encarnada con un bordado negro, y las ramas de coral con lana encarnada.

24 y 25. Redecillas para baño.—(Patrón y explicación: en el pliego por el revés, núm. XIV).

Sin perjuicio de la explicación más detallada del pliego de dibujos, diremos que están hechas en hule fino y adornadas con plegados del mismo hule y trencillas de lana.

#### 26 y 27. PAÑUELO DE CROCHET.

Materiales: 150 granos de lana musgo blanca y rosa; 25 de lana céfiro de iguales colores.

Tiene este pañuelo un metro en cuadro, y el modo de ejecutarle le muestra claramente el núm. 27. Comiénzase por el centro á cadeneta muy floja, con 4 pts. en círculo, y se hace como primera vuelta en cada uno de los cuatro

puntos una onda de 3 pts. de cadeneta: la segunda vuelta cuenta ya 8 festones ó ondas, y sirve de base á las cuatro puntas, tomando de cada onda de la vuelta anterior el punto del centro para ejecutar las tres ondas. Se continúa el tejido contrariando las ondas y aumentando siempre lo mismo en cada ángulo. El pañuelo cuenta, comenzando á contar por el centro, 45 vueltas blancas y 10 rosa para la cenefa. Un fleco de madroños de 8 cents., contando 4 madroños blancos y uno rosa, completan el pañuelo.

#### 28 y 29. FLECOS.

El primero lleva el pié de crochet, con los cabos anudados, y sirve para colchas, adornos de chimenea y otros objetos.

El segundo lleva el pié hecho de estrellas de trencilla, cosidas unas á otras y anudados en sus puntas los flecos: la cabeza se hace con dos vueltas de crochet, la primera á barras desiguales.

#### 30 á 32. PUNTILLAS.

La primera, núm. 30, está hecha sobre una trencilla cluny, de la que se cogen tres picots por cada lado, y se hacen las ondas con una sola vuelta de picots de crochet.

La segunda, núm. 31, se principia por la vuelta de picots, que lleva tres en forma de trébol y hojas mayores hácia arriba, donde se enganchan 6 barras separadas por tres puntos lisos, concluyendo la puntilla una cadeneta lisa.

La tercera, núm. 32, de encaje irlandés, está hecha con cinta lisa y cinta de medallones, sirviendo esta para las hojas y la lisa para las ondulaciones. El fondo del encaje se hace á cordoncillo cruzado, rellenándose de calados variados los medallones.

#### 33 y 34. CUELLOS DE MODA Y MANGAS CORRESPONDIENTES.

(Patrones: pliego del 18 por el derecho y por el revés, números V y XII, figs. 11 á 13, y 56 y 57).

La forma, un poco escotada de los cuellos de moda, exige una camiseta ó fichú interior de batista ó muselina, que se corta como siempre, haciéndole algunos pliegues por delante. Para la manga se halla el patrón en la figura 13 del pliego, dándola el largo que se quiera.

33 y 34. Cuello con solapas y mangas de percal rayado.—(Patrón: pliego del 18, por el revés, núm. XII, figuras 56 y 57).

El cuello y las mangas son de percal, á rayas anchas, azules y blancas, y van forradas de percal blanco, llevando en el centro otra tela. El adorno consiste en un bordado de 2½ cents. de ancho. La parte redonda de la manga lleva además tres botones vestidos de tela.

35. Cuello marinero con sus mangas correspondientes.—(Patrón: pliego del 18, por el derecho, núm. V, figs. 11 á 13).

Se hace de tela fina blanca, con un forro muy fuerte, se corta por las figs. 11 y 13 del patrón, y se guarnece todo alrededor con una tira de tela azul, cuya tira debe cortarse al mismo hilo y en la misma disposición que el fondo, como si formase parte del mismo. Así, pues, después de haber unido la tela de la tira al fondo con una costura vuelta, se pasa á cortar la primera con cuidado, dejándola por todas partes 3½ cents. de ancho, se vuelve la parte que forma cenefa, fijándola con un pespunte hecho con algodón blanco. La corbata consiste en una tira de batista blanca, de 110 cents. de largo por 12 de ancho, cuyas puntas llevan el mismo adorno. El puño, fig. 12 del pliego, se monta á la manga fig. 13, la cual se prolonga hasta 34 cents., se mete entre un puño de tela al hilo de 3 cents. de ancho, adornado con dos pespuntos y que cierra con botón y ojal.

36. Cuello plegado y manga de percal de color.—El cuello, montado á un puño estrecho, requiere una tira doble y al hilo de percal azul, rosa ó crudo, que tenga 6½ cents. de ancho, sesgada cerca de un cent. en las puntas. Después de haberla orillado con una cenefa bordada y calada de 2½ cents. de ancho, se hacen para la parte de delante siete pliegues á cada lado, sujetándolos con un pespunte á un cent. de distancia del borde. Luego, por medio de la plancha, se llevan los pliegues hácia la dirección opuesta. Para el puño se necesita una tira doble de 46 cents. de largo por 5½ de ancho, arreglándola como el cuello, y se pega á la manga, metida en un puño de 25 cents. de largo por 2½ de ancho.

#### 37. SOMBRERO PARA JARDIN.

(Patrón: pliego por el derecho, núm. IV, figs. 8 á 10).

Se necesita para la pasa una tira de 14 cents. de ancho y 82 de largo, cuyo borde exterior se sesga hácia la punta sobre 7½ cents. Se hacen 4 jaretas en ella, por las que se pasan ballenitas muy estrechas ó varillas de junco

para poder darle la forma que indica la fig. 9 del pliego. El bavolet, fig. 10, se pliega como indican las cruces y los puntos que hay sobre la figura misma, antes de montarlo á la pasa, lo que se efectúa desde V hasta W. Una costura que se ejecuta desde T hasta U, juntando las letras iguales, une la pasa y el bavolet al fondo, fig. 8, que ya debe estar forrado de tul de armar, plegado sobre 56 cents. de contorno, y rodeado de un alambre cubierto con una tira de tela de 2½ cents. de ancho. La pasa se sostiene en su altura por medio de tres alambres vestidos de tela y puestos á la distancia de 7 á 10 cents. el uno del otro. Se rodea el borde de la pasa con un rizado de 3½ cents. de ancho, picado en ambas orillas, y el fondo de otro semejante, que mide 6½ cents. de ancho. Este último cubre asimismo, dispuesto en tres hileras, el centro del fondo. Los lazos y las bridas se sacan de una tira de 8 cents. de ancho. Estos sombreros se hacen de muselina blanca, forrada de linón de color ó de batista de color.

#### 38 á 42. PAÑUELOS DE MODA.

38 y 42.—El grab. 42 reproduce de tamaño natural la linda cenefa que guarnece el pañuelo grabado 38. Se compone de tres biéses de percal de color, unidos entre sí los dos primeros con un calado, y pegado á respunte sobre el fondo el último: este sencillo y los otros dos de tela doble. Para unirlos se hilvanan sobre un pedazo de percal, en donde están trazados los festones, hilvanado este á su vez sobre un hule. Se cuentan 4 festones de un ángulo al otro, y el pañuelo sin la puntilla mide de costado 30 cents.

39 y 41.—La cenefa, también azul, pero mucho más ancha que la del pañuelo anterior, se ejecuta del mismo modo, salvo que la tira es recta en vez de formar ondas.

40.—Este pañuelo es más de vestir que los dos anteriores. La elegante cenefa, de 4 cents. de ancho, consiste en tiras de batista azul alternando con entredoses de valenciennes. Se toma la tela sencilla para estas tiras, que se rodean con un repulgo. La cenefa se pega al fondo con un entredós, y una puntilla guarnece el pañuelo todo alrededor.

#### 43. MANTELO PARA VESTIDOS.

(Patrón: pliego por el derecho, núm. III, figs. 6 y 7).

Es de faya negra y forma moderna, llevando como adorno un biés de terciopelo negro de 6 cents. de ancho, terminado por arriba con un agremán de pasamanería, y por abajo con un fleco de seda de 4½ cents. de ancho. Un lazo de faya cierra por atrás el mantelo.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### ESTUDIOS PRACTICOS SOBRE EL ARTE DE LA COSTURA

##### MODO DE TOMAR LAS MEDIDAS.

Cuando se quiere sacar el patrón de un cuerpo por otro que nos guste ó nos hayan dado por modelo, debemos proceder de la manera siguiente:

Sobre una hoja grande de papel se van marcando con líneas trazadas con la ayuda de la regla las medidas tomadas ya de antemano sobre dicho cuerpo, y son:

1.º El largo de delante desde el escote hasta la cintura.

2.º El largo tomado desde la punta del hombro en el escote hasta el talle.

3.º El largo del hombro tomado desde el extremo opuesto: esto es, la bocamanga.

4.º El largo de la parte inferior de la manga.

Dos líneas rectas y horizontales marcan por arriba y por abajo la altura del cuerpo sin los escotes, y figuran el hilo de la tela, sirviendo de guía para trazar las ondulaciones de la cintura, que se acentúan más ó menos, según tenga más ó menos pecho ó amplitud de caderas la persona á quien se ha de vestir.

Luego se procede á trazar las medidas de los anchos:

1.º Desde el escote á la punta del hombro.

2.º De la mitad del pecho hasta el sobaco.

3.º De la mitad del delantero hasta la parte más escotada de la bocamanga.

Terminado esto, tenemos sobre el papel tres líneas horizontales que marcan los anchos y cuatro verticales que marcan los largos; entre todo siete medidas fundamentales.

Entonces se recorta el patrón, redondeando graciosamente los escotes, y debemos decir que en esto estriba todo el talento de la modista y toda la gracia de la prenda.

Cortado el patrón se borran las líneas, ó se vuelve el papel del revés para trazar en él las pinzas, procediendo del modo siguiente:

1.º Se toma la distancia del escote hasta la parte superior de la pinza y se pone un punto.

2.º Se toma la distancia de la mitad del delantero asta la terminación de la pinza en el talle, y se pone



otro punto. Desde este se traza una línea vertical hacia arriba hasta llegar á la altura del primer punto; así se obtiene la profundidad de la pinza. Se renueva la operación para la pinza inmediata, que está debajo del brazo; se toma su distancia de la bocamanga y su distancia de debajo del brazo, tirando una línea recta desde el bajo al punto superior.

El patron de la espalda es muy fácil de cortar: basta tomar las alturas en las dos puntas de los hombros y el ancho del talle.

Los hombros de la parte de la espalda deben cortarse un centímetro más largos que los de la parte de delante; los costadillos, cuando los hay, deben ser un poco más cortos que los costados de la espalda. Daremos la causa de estas diferencias en otra próxima lección.



### BARCAROLA.

Brilló la luna pálida,  
que en las espumas ríela;  
y en pos dejando fúlgida,  
abrilantada estela,  
va mi barquilla rápida  
cruzando el vasto mar.

Estréllanse en fantásticas,  
fugaces aureolas  
contra sus tablas, cándida  
la espuma de las olas,  
y su murmullo lánguido  
convida á meditar.

El remo con monótono  
sonido acompasado,  
rompiendo va el diáfano  
cristal, que sosegado  
de la estrellada cúpula  
refleja la extension.

Entre la bruma undisóna  
escúchase distante,  
llevada por los céfiros,  
de marinero errante,  
cancion con melancólica  
dulcísima expresion.

¡Oh! Cuanto en esas mágicas  
inolvidables horas,  
gozan placeres íntimos  
las almas soñadoras  
en inefables éxtasis  
de celestial amor.

¡Oh! Mil recuerdos plácidos  
entonces resucitan,  
mientras las olas móviles  
en derredor palpitan;  
mientras resuena el cántico  
de oculto pescador.

En tus desiertos ámbitos  
¡oh, mar! mi pecho deja,  
de sus dolores múltiples  
la contristada queja,  
y es de mi herida, bálsamo  
tu vaga inmensidad.

Cuando en falaces ópticas  
el mundo nos fascina;  
cuando engañosa y pérfida  
su voz nos alucina,  
oasis es del ánimo  
tu vasta soledad.

Aquí mi suerte mísera  
lamento, y mis dolores;  
aquí resuena lúgubre  
el ¡ay! de mis amores,  
sin provocarte á inútiles  
consuelos, ni á desden.

Pluguiera á Dios benéfico  
que mi vital jornada  
se deslizara incógnita  
por la extension rizada,  
y nunca al mundo excéptico  
tornara por mi bien.

Pluguiera á Dios que el hábito  
postrero de mi vida,  
volara aquí al Altísimo,  
y no en mi despedida  
regase, en tristes lágrimas  
mi cárcel terrenal.

Seas, ¡oh mar sin límites,  
mi losa funeraria,  
y tu clamor unísono  
la postrimer plegaria,  
sobre mi lecho fúnebre  
de perlas y coral!

ADOLFO R. GAMEZ.

Madrid.

Á MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO

EL SR. D. GERARDO COUDER,

EN LA MUERTE

DE SU VIRTUOSA HERMANA ADELAIDA, RELIGIOSA  
EN EL CONVENTO DE LA ENCARNACION.

Lloras, mi buen Gerardo, y no es extraño  
Tu amigo á tu afliccion;  
Que en ella tomo parte y te acompaño,  
Hoy que la muerte tan profundo daño  
Causó á tu corazón.

Si todos al nacer, ya sentenciados  
Venimos á morir,  
Son dichosos los bienaventurados  
Que, al dejar este mundo, destinados  
Están á no sufrir.

Y así, sirva á tu pena de consuelo,  
Que si rompió los lazos  
De tu hermana la muerte aquí en el suelo,  
Como ántes en la tierra, hoy desde el cielo  
Te tiende ella sus brazos.

La religion nos dice que es la muerte  
Ausencia pasajera;  
Y al marchar de esta vida á otra más fuerte,  
El premio ó el castigo nos advierte  
Que en ella nos espera.

¡Ah! ¡Cuán dulce es la esperanza  
De volverse á encontrar  
En un mundo de bienaventuranza,  
Y allí donde el dolor sitio no alcanza  
Vida eterna gozar!...

No llores, pues, la ausencia de tu hermana,  
Que Dios en su bondad,  
Habrá premiado ya su fé cristiana,  
Y á su lado estará, de donde emana  
La luz y la verdad.

Madrid 23 de Octubre de 1874.

JUSTO DE SALINAS.

### Á LA LLAVE DE UN SEPULCRO.

Tú cierras una urna venerada,  
Guardadora del sér de mi ternura,  
Y hoy eres para mí joya preciada,  
Fiel reliquia de triste sepultura.

Mas no anhelo me muestres sus despojos,  
Por más que tenga afán en poseerte,  
No quiero ver sin brillo aquellos ojos  
Que empañaron las sombras de la muerte.

Yo en la mente grabé con dulce empeño  
Aquella imagen adorable y pura;  
Y aunque es una verdad su último sueño  
Mi ilusion que la veo me asegura.

En mi creencia sé que es polvo y tierra  
El misero mortal, mundana escoria,  
Pues que cuando los ojos acá cierra  
Vuela el alma inmortal hacia la gloria.

Y aquí tras la inscripcion que marca un nombre  
En esa tumba de completa calma,  
Cenizas nada más quedan del hombre  
Que á regar van las lágrimas del alma.

Y por eso en mis horas de dolores  
Como un recuerdo de afliccion te miro,  
Y aunque prodigo ante un sepulcro flores  
Con mi amor mando al cielo mi suspiro.

Madrid 1874.

EMILIA CALÉ DE QUINTERO.

### CARTA Á GUADALUPE.

Más vale tarde que nunca.  
(Proverbio popular.)

En el número del excelente periódico EL CORREO DE LA MODA, que corresponde al 26 de Junio de este año, he visto, mi querida señora (pues no la creo señorita por la dulce madurez de sus juicios), un bello y bien pensado artículo, firmado por V., y dedicado á una *Genoveva* que debe ser su amiga, dicha que sin duda alguna merece, cuando V. se la concede.

En ese artículo, y al hablar de los distinguidos novelistas D. Enrique Perez Escrich, Fernan Caballero, y Doña Angela Grassi, me hace V. el honor insigne de colocar mi nombre entre los de estas dos damas, honra de la literatura española, y con cuya amistad y afecto me honro desde hace ya largo tiempo.

Gracias mil, doy á V., señora, por tan grande y para mí estimadísimo honor; porque así como soy poco aficionada á *hacer ruido*, pareciéndome que el mayor mérito de la mujer es la modestia, — como V. cree tambien: — así no puedo dejar pasar una muestra de verdadera simpatía, sin agradecerla desde lo íntimo de mi alma, y sin manifestarlo así á la persona á quien soy deudora de ella.

Mucho he tardado en cumplir con V. este deber; mejor dicho, este deseo de mi corazón, pero como dice el adagio, *más vale tarde que nunca*; y un tanto libre de las ocupaciones que me han robado el tiempo, aprovecho los primeros instantes de que puedo disponer, para decir á usted desde las columnas de EL CORREO, que ese acento de simpatía no se ha perdido en el vacío, y que yo lo he recogido y guardado en el fondo de mi alma, amante y agradecida.

Nuestra época es triste, es una época de angustia moral, de duda: el progreso que trae la luz no trae la paz al alma, porque cuanto más claro es el resplandor del sol, tanto mejor se ve lo árido de un camino que tiene muchos zarzales y pocas flores; pero los poetas y los novelistas deben sembrar algunas semillas que produzcan flores nuevas, y si es posible, frescos y sabrosos frutos, que mitigen la sed, que alegren la vista de los que hacen con nosotros el viaje de la vida, y de los que han de sucedernos en él: las almas elevadas, los poetas, por su alta intuición, deben llegar al conocimiento de lo bueno y de lo bello, y por medio de sus escritos, reconstituir ó mejorar el sentido moral de la sociedad, y los novelistas tenemos tambien esta última misión.

Jamás he escrito, señora, por escribir solamente; una vocación irresistible ha puesto desde mi infancia más tierna, la pluma en mi mano: jamás he escrito tampoco por el deseo de *hacer ruido*, por el *afán de figurar*, semejante á los verdaderos artistas, de que habla Balzac con la magia de su incomparable talento, no he necesitado para animarme á trabajar, ni demandantes, ni compradores de mis libros, y el escribir es en mí tan natural y tan necesario como el canto en el pájaro, como el aroma en la flor, pareciéndome, acaso en esto solamente, es decir, en la ardiente é incansable vocación, á los artistas de que habla el gran escritor francés.

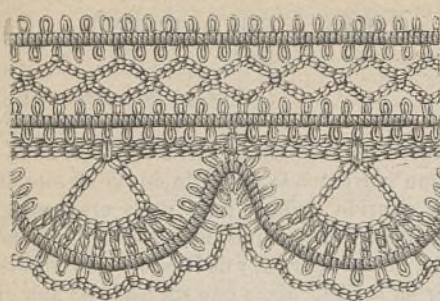
Para proceder bien es preciso conocerle y amarle: el novelista, por la amplitud de medios de que dispone, puede servir á la causa de aquél con más solidez, aunque con menos brillantez que el autor dramático: esto es lo que yo he procurado hacer desde que escribo; en todas mis novelas — que son muchas — he procurado curar algún dolor ó aliviarlo al menos; en todas he defendido á mi sexo, y he hecho ver que hasta en el fondo de toda falta cometida por la mujer, hay siempre mucho dolor, muchas luchas y muchas lágrimas; y hoy mismo se está imprimiendo un libro que he escrito últimamente, y que probará acaso más que ninguno de los míos, el profundo interés que mi sexo me inspira.

Por eso, señora, si no he conquistado laureles, he ganado corazones, que es toda mi ambición: más que alabanzas ruidosas, convienen á mi modo de ser, simpatías y afectos sólidos; porque la vanidad, la ostentación, el *hacer ruido*, en una palabra, tienen para mí escasos atractivos é imponen fatigas poco acordes con mi manera de entender la felicidad y con mi manera de desearla.

A pesar de las agitaciones del siglo, hay algo que vive, que palpita en el fondo de todas las inteligencias y de todos los corazones generosos: es la aspiración á lo bueno, á lo noble, á lo sano; es el horror del mal; y ayudando todos y cada uno en la medida que sus fuerzas le permitan, el ideal cristiano, que es la abnegación, la caridad y el amor á Dios, será la fé universal del siglo XIX y de los futuros.

Porque al decir que nuestra época es tumultuosa y triste, no afirmo como los fatalistas que es degradada é infame, no abro la historia y veo que en todos los tiempos ha habido vicios y virtudes, crímenes y heroicos sa-





8. Puntilla de trencilla y crochet.

admirar, como hay deplorables errores que compadecer; creo que el camino del bien es el más corto y el más fácil, y creo también que los buenos son estimados sinceramente, en tanto que los malos, si tienen paz, es poco tiempo.

Pienso asimismo, señora, que nuestro siglo, que no es más malo que los anteriores, será glorioso en las edades venideras, porque ha dado un gran paso en la educación de la mujer, y esta gloria nadie puede arrebatársela; hay corazones generosos que se ocupan de la ilustración de nuestro sexo, porque han comprendido sin duda aquellas palabras de Napoleón I:

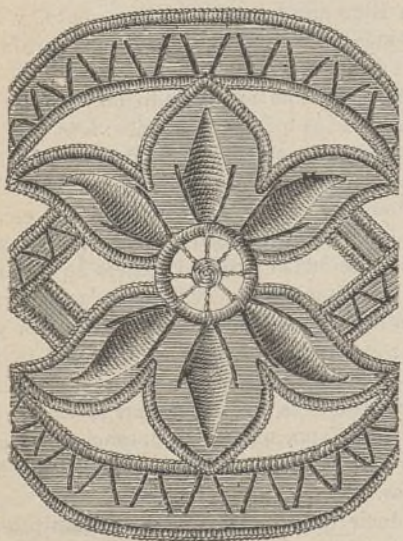
—Si queréis mejorar la sociedad, educad las mujeres.

La carta de V. á Genovera es una prueba de que la mujer va sabiendo cada día sentir más y pensar mejor; porque V. descubre en esa carta un defecto social de no escasa trascendencia, puesto que siempre es de importancia suma todo lo que puede alterar la paz de la familia y el sosiego doméstico.

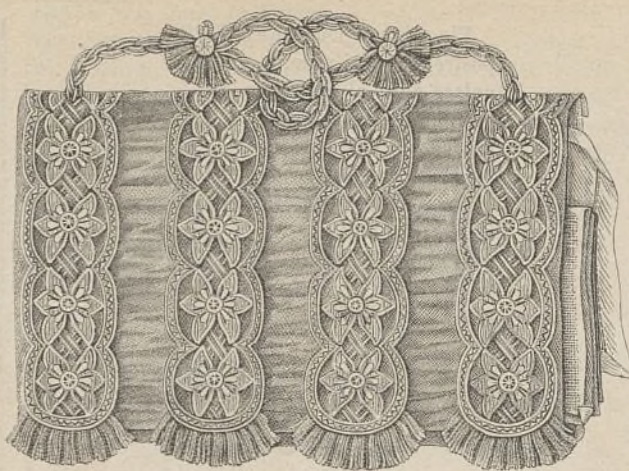
¿Y qué prueba también más convincente de la ilustración de la mujer en nuestro siglo, que las obras de las dos damas que V. cita en su carta, y á cuyos nombres ilustres tiene V. la bondad de añadir el mío modestísimo? Estas señoras han puesto el encanto de su talento al servicio de la virtud más pura, han disipado muchas sombras y han curado muchas dolencias del alma, enseñando la resignación, la caridad, el perdón de las injurias, y mostrando la inefable bondad y el inmenso amor con que vela Dios por sus criaturas.

Gloria y honor de nuestro siglo serán también en los venideros otras muchas damas que cultivan la patria literatura, y cuyos nombres no es necesario que yo escriba, porque son bien conocidos, y con ellos van firmados excelentes libros y trabajos de gran mérito en prosa y verso.

Los males de nuestra época son hijos de las circunstancias especiales de la misma; cada siglo tiene sus dolencias y sus venturas, como cada padre que debe al cielo numerosa descendencia, tiene hijos hermosos y deformes; los hijos desgraciados del nuestro, son las necesidades ficticias, los deseos insaciables é impotentes, de lujo y de placeres, la educación en desacuerdo con la fortuna, el amor exagerado de la riqueza que conduce fatalmente á la miseria, las locas ambiciones seguidas de amargos desengaños, y las costumbres de opulencia y de esplendor, sin base que las sostenga. Contra estos males hay un remedio sencillo, y sin embargo infalible: la resignación, que es la gran ciencia de la vida; la modestia de las costumbres, que es la ciencia de la felicidad; en nuestros días, los éxitos más inverosímiles han inflamado las esperanzas más insensatas, las grandezas imprevistas, han despertado ambiciones im-



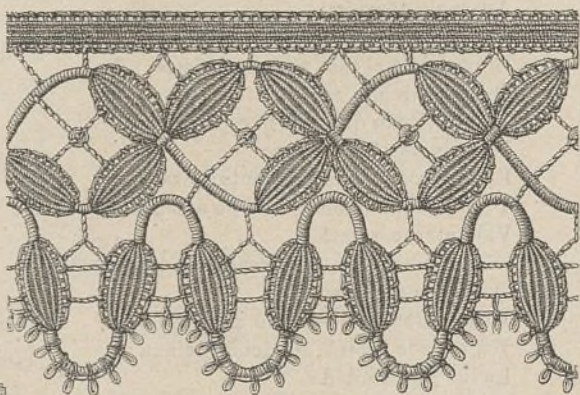
7. Bordado en piqué para la bolsa núm. 6.



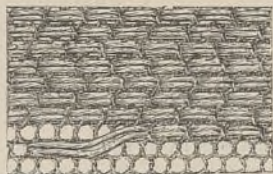
6. Bolsa para ropa blanca. (Véanse los núms. 4 y 7).



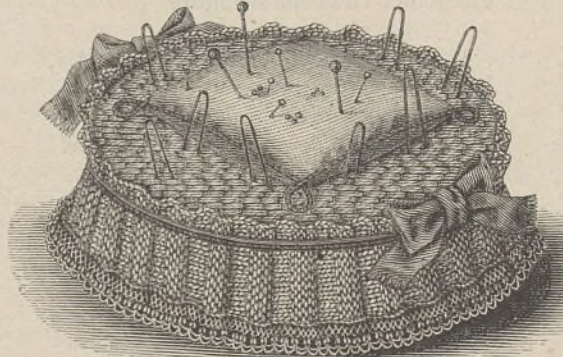
10. Cartera para ropa blanca. (Véanse los núms. 11 y 12).



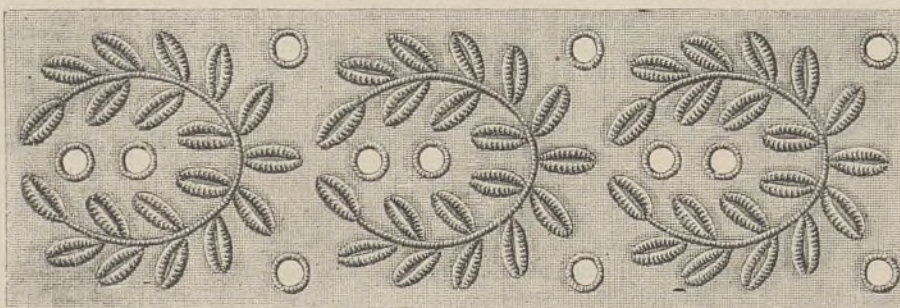
11. Encaje irlandés para la cartera núm. 10.



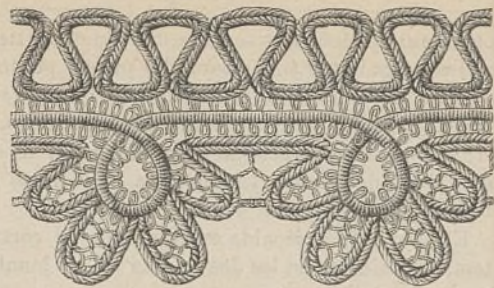
15. Cubierta de tul para el acerico núm. 16.



16. Acerico cubierto de tul (Véase el núm. 15).



12. Entredós para la cartera núm. 10.



9. Puntilla de soutache y calado.

posibles; todo es rápido y vertiginoso, la elevación como la caída, el libro, el teatro, el púlpito, hasta la con-

versación amistosa deben enseñar que lo único que es inmutable, seguro, bello sobre todas las cosas, es la virtud, la moderación, la estimación ajena, y sobre todo y ante todo, la propia, que es la que nos eleva á nuestros ojos y nos da valor para los combates de la vida.

Estos principios y estas ideas, son, mi estimada señora, los que han guiado mi pluma desde que sé pensar, porque sentir he sabido desde que nací á la luz, acaso con exceso; no importa: prefiero á la sequedad del alma su extremada ternura, porque de este modo he merecido la simpatía de V. y la ocasión de ofrecerme su muy reconocida y atenta segura servidura Q. B. S. M.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXIV.

DE COMO LLEGAMOS Á MÉRIDA.

—Estamos, amigo Scott, frente á Guareña, otro pueblo importante de Extremadura.

—¿Qué hay en él de bueno?

—Absolutamente nada. No tiene monumentos ni historia. Su numeroso vecindario vive de la agricultura y de la ganadería.

—¿Pero si yo recuerdo que Guareña es población antigua?

—Otro Guareña; el de la provincia de Zamora, que es fundación del siglo IX, y hoy, mejor dicho, desde 1450, es lugar despoblado.

Y el tren comenzó á andar de nuevo.

Scott bostezaba, y yo soñoliento, dejaba caer la cabeza sobre los almohadones y me dormía, en tanto que el convoy continuaba su acelerado paso. Y aun dormíamos, á no haberme despertado Scott diciendo:

—¿Cuándo llegamos á Mérida?

—No sé por donde vamos.

—Acabamos de partir de D. Alvaro.

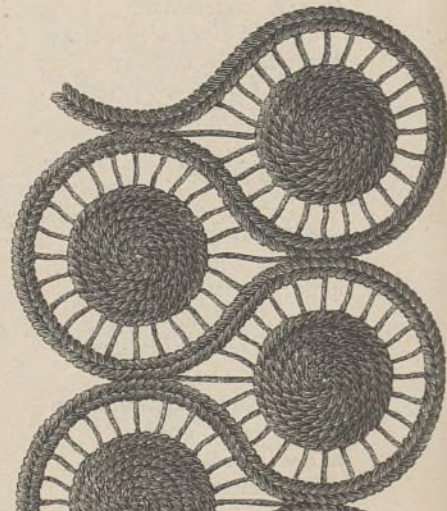
—¡Ah!...

hemos dejado pasar también Zarza junto Alanje.

—La estación anterior á Don Alvaro.

—Pues no hemos perdido gran cosa. La Zarza es una villa alegre y sana. Su fundación es antigua, y su nombre es aun de los moros. No conserva antigüedades, pues sus templos son modernos. La parroquia, San Martín, del siglo XVI, y las ermitas Nuestra Señora de las Nieves, San Marcos y la destruida de San Gregorio, son del XVII y XVIII. Don Alvaro es otra villa igual á Zarza junto Alanje. Su historia no se remonta más allá del siglo XI. D. Alvaro de Luna la engrandeció, haciéndola villa eximida, con privilegio de que no pudiera tomar vecindad en ella ningún infanzon ni hidalgo, á no ser de su familia y de línea recta; y que si alguno se avecin-

14. Cinturon para vestido.



17. Pasamanería para la manteleta núm. 20.





L. 182

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*  
 Plaza de Isabel 2ª 2 Madrid.

BIBLIOTECA  
 MUNICIPAL  
 MADRID



diez años  
—¡Qué bar!  
—Se hacían  
los tiempos.  
—¡Homb!  
aquí hay much  
gios de pobl  
agua.  
—Bastante  
—En dónde  
—En las in  
ces de la Rom  
—¡Roma  
rica!... ¿Que  
blacion era e  
— Emérita  
Augusta, ho  
Mérida, el cen  
de Extremadu  
Cada vez que  
paso por estos  
ties, amigo Se  
paso ratos ad  
rables. Las rui  
para mí son si  
pre vestigios  
lemnes. Me q  
do mirando  
ellas, y mi me  
forja en su id  
mil historias f  
tásticas. Un  
pítel, una colu  
na, una corn  
una lápida pa  
da, los márm  
dispersos, lo  
musgos y las l  
res que crecen  
viven por em  
sus rendijas; u  
pié, como des  
arco irregular  
poemas que yo  
si pudiera lee  
que guardan  
civilizaciones.  
—No hay q  
bros con las r  
—Ya lo sé  
son los destr  
las reliquias n  
Las ruinas vie  
tos, como det  
combros. Es l  
criaturas hum  
que todos con  
reciente herm  
la vida le ap  
dad, aquel ex  
pilas se anim  
los restos de  
capiteles del n  
nas" dicen lo  
ley de la cor  
mas, imagina  
de una línea  
pié pequeño, d  
del cuello, se  
juicio de lo q  
en los tiempo  
miradores lo  
Una casita  
da de verde,  
huerta abund  
y habas, es u  
gre, muy past  
nica, que es  
borregos guis  
de vino; mas  
se siente recor  
to, el primer





diez años despues aunque fuese rico-home.  
—¡Qué barbaridad!  
—Se hacian muchas así por los nobles de aque-  
llos tiempos.

—¡Hombre!... por  
aquí hay muchos vesti-  
gios de poblacion an-  
tigua.

—Bastantes.  
—¿En dónde estamos?  
—En las inmediacio-  
nes de la Roma Ibérica.

—¡Roma Ibé-  
rica!... ¿Qué po-  
blacion era esta?  
— Emérita —

Augusta, hoy  
Mérida, el centro  
de Extremadura.  
Cada vez que yo  
paso por estos si-  
tios, amigo Scott,  
paso ratos admi-  
rables. Las ruinas  
para mí son siem-  
pre vestigios so-  
lemnes. Me quedo  
mirando á  
ellas, y mi mente  
forja en su ideal  
mil historias fan-  
tásticas. Un capi-  
tel, una colum-  
na, una cornisa,  
una lápida parti-  
da, los mármoles  
dispersos, los  
musgos y las flo-  
res que crecen y  
viven por entre  
sus rendijas; un paredon solo, aun en  
pie, como desafiando al tiempo, un  
arco irregular en su forma, encierran  
poemas que yo quiero adivinar, como  
si pudiera leerse de seguido el libro  
que guardan estos despojos de otras  
civilizaciones.

—No hay que confundir los escom-  
bros con las ruinas.

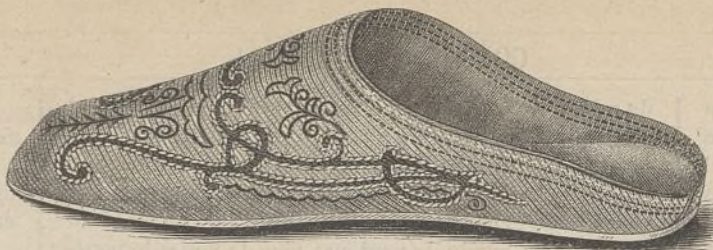
—Ya lo sé, amigo Scott; aquellos  
son los destrozos vulgares, estas son  
las reliquias magestuosas del pasado.  
Las ruinas vienen despues de los monumen-  
tos, como detras de aquellas vienen los es-  
combros. Es lo propio que acontece con las  
criaturas humanas. La mujer, por ejemplo,  
que todos conocieron en su período de flo-  
reciente hermosura; cuando el invierno de  
la vida le apaga sus gracias, pierde, es ver-  
dad, aquel esplendor en que sus vivas pu-  
pilas se animaban; mas conserva siempre  
los restos de su pasada hermosura... unos  
capiteles del mejor orden. "Son buenas rui-  
nas," dicen los entendidos, porque segun la  
ley de la correlacion que guardan las for-  
mas, imaginada por Cuvier, de la punta  
de una línea rosada, de la curva de un  
pié pequeño, ó de la larga ondulacion  
del cuello, se puede formar cabal  
juicio de lo que seria el edificio  
en los tiempos en que sus ad-  
miradores lo contemplaban.

Una casita de campo pinta-  
da de verde, en medio de una  
huerta abundante de lechugas  
y habas, es una cosa muy ale-  
gre, muy pastoril, muy higié-  
nica, que está pidiendo dos  
borregos guisados y una bota  
de vino; mas no vale tanto como el placer que  
se siente recorriendo estas comarcas, donde Viria-  
to, el primer español que peleó por la libertad de su

patria, destrozó las  
legiones que Roma  
mandara para sujetar á  
España al carro de la tira-  
nia de los Césares. Allí, más  
adelante, está Mérida. Esta al-  
quería que se ve á nuestra dere-  
cha, es el acueducto construido en  
tiempos de Augusto. Era una obra co-  
losal. Hoy no quedan de ella más que 37  
pilares, algunos con tres órdenes de ar-  
cos unos sobre otros, de más de 30 varas  
de altura, cuyo encañado es de 3 piés de  
ancho y aun más de alto, y era  
tal su abundancia, que daba  
para los baños, jardines, bata-  
nes, molinos y otros artefactos  
que habia dentro de la ciudad.

—¿Conque el origen de esta  
ciudad es Romano?

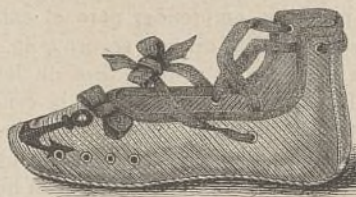
—Segun Dion Cano, el em-  
perador Octavio Augusto, al  
concluir la guerra cantábrica,  
quiso remunerar á los soldados  
que habian cumplido bien dán-  
doles tierras y otros medios de  
colonizacion y con los perte-  
necientes á las legiones 5.<sup>a</sup> y  
10.<sup>a</sup> fundó la ciudad de Emérita  
Augusta, la colonia tal vez  
más importante del imperio.  
Desde aquí se ven parte de sus



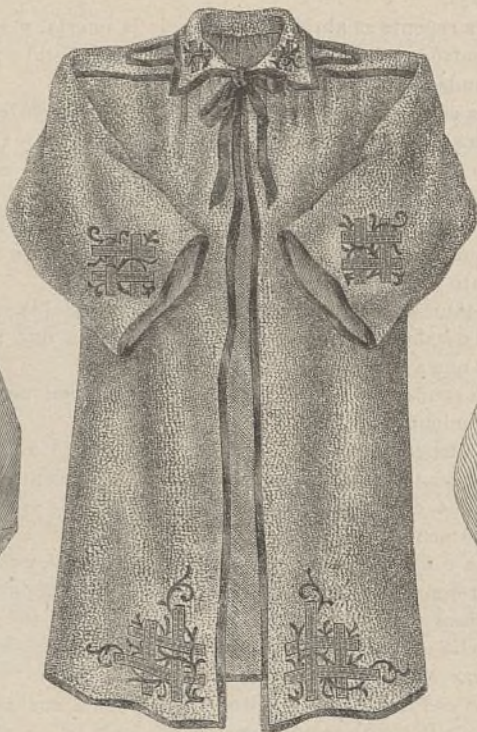
13. Pantufla bordada en piel. (Dibujo y descripción: pliego  
por el derecho, fig. 29).



21. Suela de cáñamo para el zapato núm. 22.



22. Zapato para baño. (Véase el núm. 21).  
(Patron y dibujo: pliego del 13 por el revés,  
núm. XIV, figs. 60 y 61).



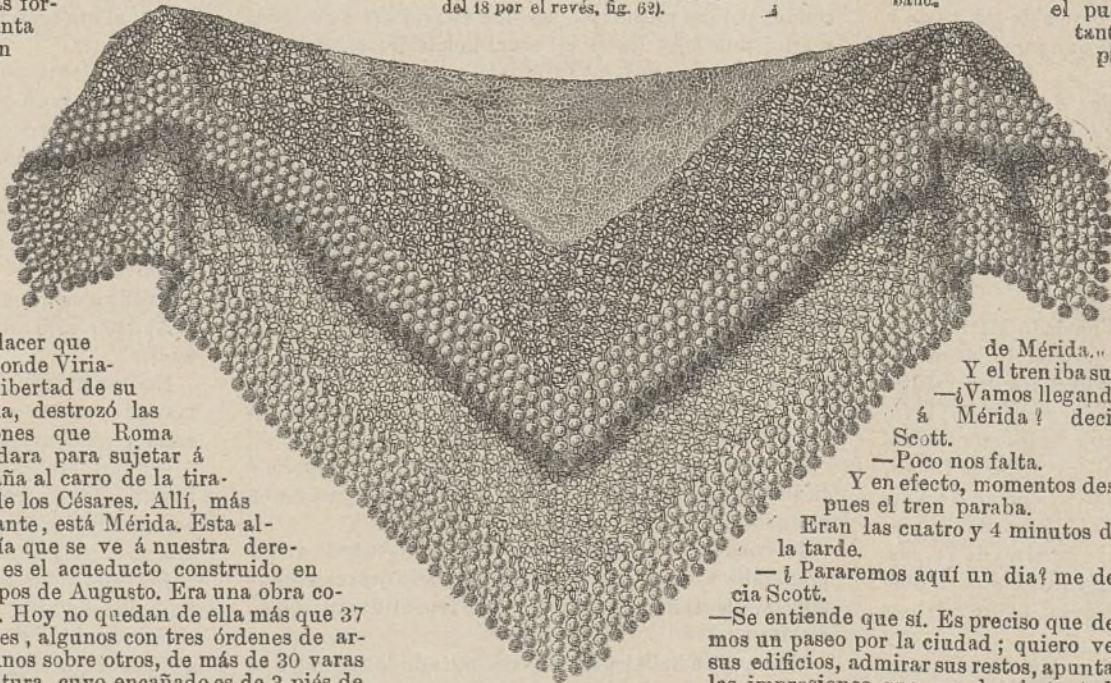
23. Túnica-blusa para baño. (Dibujo: pliego  
del 13 por el revés, fig. 62).



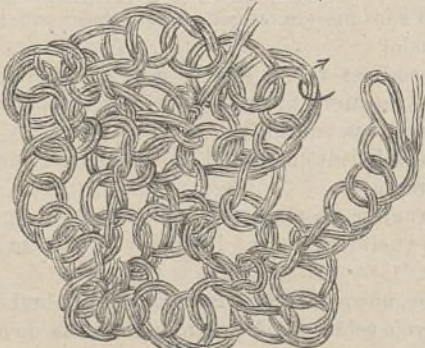
25. Gorro-redecilla para  
baño.



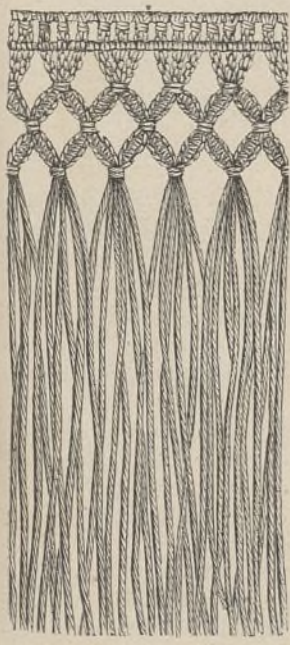
24. Gorro-redecilla para  
baño. (Patron y explicación:  
pliego del 13 por el revés,  
núm. XIII, fig. 58).



26. Pañuelo de crochet y fleco  
de madroños. (Véase el núm. 27).



27. Principio del pañuelo núm. 26.



28. Fleco de crochet.

arruinados muros: mírelos usted, amigo Scott.

—¡Oh, yo creo que esto ha sido muy grande!

—Segun la *Crónica del Rey D. Rodrigo*, los mu-  
ros de esta ciudad tenían 6 leguas, 15 estados de

alto, 10 de ancho, 3.700  
las torres de sus mura-  
llas, 84 puertas, 5 alcá-  
zares, los cuatro en los  
intermedios de las cua-  
tro puertas angulares,  
con su puerta cada uno  
saliente fuera del muro  
y el otro en medio  
de la ciudad, en  
una gran plaza,  
el cual tenía 20  
torres tan altas,  
que la menor era  
de 25 est-dos. Cada  
puerta tenía  
dos calles de 4 30  
codos de ancho,  
que todas venían  
á la plaza; de ca-  
da casa salía un  
caño de tierra, y  
todos entraban  
en uno grande  
que habia en ca-  
da calle, por don-  
de corrían las  
aguas de las llu-  
vias en toda la  
ciudad. Para su  
guarnicion en  
tiempo de paz,  
habia 80.000 in-  
fantes y 10.000  
caballos. Sus edi-  
ficios competían

con los de Roma. Era Mérida  
en tiempos de Trajano el em-  
porio del mundo civilizado.  
Aun existe en pie el famoso  
arco levantado para este empe-  
rador, todo fabricado de enor-  
mes piedras sillares. El casti-  
llo, llamado Conventual, tie-  
ne sus muros enteros; la casa  
de los condes de los Corbos fué  
el templo de Diana, donde  
existen 19 columnas de 40 piés  
de altura y otros restos preciosos de la  
poblacion primitiva; el templo de Marte  
se hallaba donde hoy está el horno de  
Santa Olaya, habiéndose perdido los  
vestigios de los de la diosa Fortuna, de  
Júpiter y de César Augusto, suntuosos  
templos que excederán á todos los que  
en España levantaron los legendarios ro-  
manos. Los restos del famoso anfiteatro,  
llamado hoy Siete Sillas; la Naumáquia,  
llamada Baño de los Romanos; el Circo,  
suntuoso edificio mayor que el de Roma;  
el puente sobre el Guadiana y otros  
tantos restos que aun se conservan en  
pie, son vestigios que presentan la  
historia viva, para enseñanza de  
todos. Decaída y mucho Méri-  
da, en la invasion de los Ara-  
bes, con los mejores de sus  
famosos edificios destrui-  
dos, llegó á sus puertas el  
moro Rasis, entró en la ciu-  
dad, recorrió sus calles, y  
al salir para Sevilla dijo:  
"que nom ha hombre en el  
mundo que cumplidamente  
pue la contar las maravillas

de Mérida."

Y el tren iba suspendiendo su precipitada carrera.

—¿Vamos llegando  
á Mérida? decía

Scott.

—Poco nos falta.

Y en efecto, momentos des-  
pues el tren paraba.

Eran las cuatro y 4 minutos de  
la tarde.

—¿Pararemos aquí un día? me de-  
cía Scott.

—Se entiende que sí. Es preciso que de-  
mos un paseo por la ciudad; quiero ver  
sus edificios, admirar sus restos, apuntar  
las impresiones que me despierte todo  
este conjunto de ruinas dise-  
minadas por una parte y otra,  
y profanadas por todos.

Scott cogió su equipaje, y  
el mío, y bajamos al anden.

—¿Está muy lejos la ciudad?  
preguntamos.

—Unos dos kilómetros, nos  
respondió un vendedor de pe-  
riódicos que se acercaba á re-  
cibir los paquetes que le traían  
de Madrid.

—Busquemos un coche, di-  
jo Scott.

Y el coche no parecia.

—¡Malo... hemos de ir an-  
dando y con esto á cuestas!  
exclamaba Scott, comenzando  
á desesperar.



29. Fleco de crochet y trenilla.



Y no hubo remedio, paso tras paso, con la sombrerera en una mano y la ropa en la otra subimos una cuesta detrás de la estación del ferro-carril y emprendimos el camino para la ciudad, donde llegamos después de una larga caminata. Entramos en una plaza, descansamos en los asientos de piedra que la rodean, y preguntó Scott á un Guardia municipal.

—¿Hay fonda en esta ciudad?

—No señor; hay café.

—Yo quería fonda para hospedarme en ella hoy y mañana.

—Lo que pueden Vds. hacer es venir á una casa de huéspedes.

—Iremos á donde nos den de comer y podamos dormir esta noche.

Y emprendimos el camino en dirección al Arrabal.

Antes de llegar á él paramos á la puerta de una modesta casa, donde llamó el agente de la autoridad y preguntó secamente:

—¿Señal María, pueden quedarse dos forasteros?

—Que pasen, contestaron desde dentro.

Y en efecto, subimos unas escaleras, entramos en una salita, nos descargamos del peso que traíamos encima, y tomamos asiento como si estuviésemos en nuestra propia casa.

—¿Querrán Vds. comer? nos preguntó una mujer, que tenía humos de dueña de casa.

—Cuando V. quiera, replicó Scott.

Y nos llevaron á un comedor á esperar el primer plato.

Momentos después comíamos con un hambre de tres semanas, notando sobre todo, la variedad de alimentos. La sopa nadando en grasa colorada, y el sabor picante; el cocido clásico de la célebre cocina extremeña, con garbanzos, patatas, chorizo, morcilla, jamón y gallina, todo ello salpicado de buen vino, nos entonaba los estómagos, un tanto debilitados por las comidas de fondas. Scott abrió todo el chorizo, que no lo comía, lo sorbía más bien, como un italiano la sopa de macarrones.

Acabada la comida, nos fuimos á tomar café al *Círculo Emeritense*. La noche estaba fría, y las pocas luces de las calles de Mérida nos hizo temer por nuestras piernas, que estuvieron á punto de ser fracturadas. Llegamos por fin sin novedad á poder tomar café. Scott comenzó por llenar la copa del agua con ron, y yo, muerto de envidia, le imité. Y ámbos dimos fin de la primera botella. Pero nos sirvieron la segunda. Y la bebimos igualmente. Scott sudaba á pesar del frío que soplaban. Yo también tenía calor. Abrimos los balcones que daban á la plaza, y la luna, la clara luna de Enero, iluminaba aquellos edificios, dándoles un tinte misterioso. Yo le decía á Scott:

—¿No parece mentira que en este pueblo tan triste y solitario haya nacido el mejor poeta que cantó en Roma?

—¿Quién era?

—El gran Deciano, contemporáneo de Augusto. Córdoba se envanece por haber sido cuna de Marcial y de Lucano. ¡Ay! otros dos genios de la antigüedad que brillaron como Deciano en la Roma pagana, y que Neron se gozó en martirizar, ahogando la voz del poeta que cantó á las guerras de Farsalias, y haciéndole morir bañado en su propia sangre. Deciano fué más feliz que Lucano. No lo mató ningún déspota.

—¿Y qué otros hombres célebres ha dado Mérida?

—Muchos más, pero en primer término la jóven Eulalia, que por su amor á la nueva doctrina del cristianismo fué quemada viva por orden del emperador; el famoso escritor Paulo el Diácono, autor de las crónicas religiosas de esta ciudad en el siglo VII; Gomez Bravo, Vera y Zúñiga, Fernandez de Mesias, Moreno de Vargas, todos historiadores del siglo XVII; Francisco Ulloa, célebre marino del siglo XVI; Garci Gutierrez de Vargas, consejero militar de Fernando III, y los capitanes Bustamante, Magariño, Becerra y Mendoza, todos célebres en la conquista de América.

Scott oía y llenaba las copas de ron. Habíamos apurado la segunda botella. Cogimos á la vez nuestras copas con el ron que quedaba, y cuando yo creía oír á Scott alguna excentricidad, chocó su copa con la mía diciendo:

—¡A la salud de Deciano, y vamos á dormir!

Scott no podía levantarse.

Le cogí por el brazo y le llevé á casa. No hay para qué decir que durmió profundamente.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuación).

Había, pues, una crueldad verdaderamente inefable en arrancar á aquel triste naufrago su última tabla

de salvación, la única estrella que le servía de guía al través de los escollos; pero la mujer ultrajada en su amor propio, no sosiega ni descansa hasta arriancar el último pedazo del corazón aborrecido y pisarlo con sus pies. ¡La venganza del hombre tiene un término: cuando ve á su enemigo moribundo, le perdona; pero la mujer le persigue hasta el fondo de la tumba!

¡Ah, si su invencible fortaleza moral, su incansable perseverancia, la actividad de sus pasiones, la viveza de su fantasía, todas estas cualidades que reunidas pueden obrar tantos portentos fuesen encaminados hácia el bien, cuán otros serían los destinos de la tierra!

Una noche, era la víspera del viaje que los dos esposos proscritos pensaban emprender para el extranjero, en donde esperaban hallar un más seguro asilo.

El conde salió para ir á despedirse de los dos ó tres amigos leales que facilitaban su fuga: la condesa estaba en su cuarto arreglando su maleta, y mientras se entregaba con ardor febril á esta ocupación, arrojaba inquietas miradas á la cuna en donde dormía su hija.

La noche era triste y oscura: de vez en cuando un relámpago brillaba al través de los vidrios de la ventana, y el trueno hacía estremecer hasta los cimientos de la casa.

De repente se abrió con violencia la puerta, y el conde entró precipitadamente en la estancia. Estaba pálido, demudado....

La esposa amante corrió hácia él, como solía con los brazos abiertos, sonriendo y llorando al mismo tiempo; pero el conde la rechazó bruscamente, y fué á caer en una silla, ocultándose el rostro con las manos.

La infeliz me miró atónita, estuvo un instante indecisa, luego se acercó de nuevo á su esposo, y le dijo con un acento lleno de amor y de dulzura:

—¿Qué nueva desgracia nos amenaza? ¡Habla, no temas desahogar tu corazón en el seno de la que te ama más que á su propia vida!

El conde solo contestó á estas palabras con un estremecimiento nervioso.

La triste esposa, pálida de espanto, corrió á la cuna, cogió á su hija entre los brazos, y fué á presentársela de rodillas, creyendo que sería el iris de paz que apaciguase la tormenta.

La niña, despertada tan bruscamente, lloró, y sus vagidos resonaron de un modo extraño en el corazón del conde.

Púsose de pie, y sacó la espada. Estaba terrible en aquella actitud, con los cabellos erizados y los ojos echando rayos.

La condesa soltó un grito, y se abrazó á sus rodillas; la niña lloró con más fuerza.

Una resolución extraña debió sufrir el alma del pobre conde, porque prorumpió en una estrepitosa carcajada, y arrojando lejos de sí el arma homicida, se precipitó fuera del aposento.

Y sus siniestras carcajadas resonaron á lo lejos, repetidas por todos los ecos de la noche!

La condesa permanecía abismada en su estupor; yo estaba helada de espanto.

De repente resonaron sobre las desiguales piedras de la calle las pisadas de un caballo que partía al galope.

Ambas nos abalanzamos á la ventana.

Iluminado por la roja luz de los relámpagos, aguijoneado por el estampido del trueno, el caballo corría desbocado por el campo, y el que lo montaba era el conde!

—¡Ven! ¡ven! gritó la infeliz esposa, tendiendo hácia él los brazos.

Una carcajada más siniestra que las otras respondió á su llamamiento, y luego caballo y jinete desaparecieron entre los árboles del bosque.

La condesa cayó desplomada al suelo, y cuando yo me preparaba á socorrerla, una mujer abrió lentamente la puerta, llenándose de terror su repentina aparición: era Rosa.

—¿Por qué se hallaba en mi casa, cuando la creíamos en Madrid? Pero no fué esto lo que más me sorprendió, sino la expresión torva de su semblante y la infernal complacencia con que contempló aquel cuadro de luto y desconsuelo!

La condesa volvió en sí y giró en torno una mirada vaga é inquieta; tenía el conocimiento de un desastre, pero no sabía cuál era....

El sentimiento maternal fué el primero que habló en su corazón.

Levantóse desalada, corrió á la cuna, en donde yo había vuelto á colocar á la niña, y la llenó de lágrimas y besos.

Rosa, que permanecía inmóvil en el umbral de la puerta, arrojó sobre aquel cuadro una mirada de odio y descontento.

Entonces no comprendí aquella mirada, pero después la he traducido con estas palabras:

—Una madre, aunque deshonrada, puede todavía ser feliz si no le arrebatan á la prenda de su amor.

Pasado el primer instante de enajenamiento, la condesa recordó cuanto había sucedido, corrió á la puerta y encontró á Rosa....

—¡Tú aquí! exclamó, ¡tú aquí! ¡Gracias á Dios! ¡Ayúdame, socórreme!

—¡No corras! dijo Rosa con irónica sonrisa, ¡es inútil! ¡La herida ha sido mortal!... ¡Le conozco muy bien, no volverá!

—¿Qué! ¿qué dices? gritó la condesa fuera de sí. ¿Quién le ha herido? ¿de quién se trata?

—¡De tí! El conde tiene las pruebas de tu deshonra, ¡sabes que no es el padre de tu hija!

Creí que mi pobre ama iba á volverse loca al oír estas palabras....

Permaneció muda, inmóvil, con los ojos fijos, con las manos crispadas....

—¡Pruebas! murmuró por fin con acento delirante, ¿cómo ha de haber pruebas de lo que no existió jamás?

Rosa, sin responder, se acercó á ella, y cogiéndola convulsivamente del brazo, dijo con acento entrecortado y rencoroso:

—¡Nécea! ¡nécea! ¡creías acaso, cuando alejándome bajo espacuosos pretextos, consumaste llena de júbilo tu enlace, que yo devoraría en silencio la infame burla que me llenaba de afrenta? ¡Creías, porque me viste sonreír placentera, que tu ingeniosa estratagemas había obtenido un éxito completo, y no sabías que yo tenía bastante aliento para imponerte duplicada la pena del Talion? ¡Sí! burla por burla, estratagemas por estratagemas, solo que al cabo de la mia están la muerte y la deshonra.

—¡Tú! ¡tú! exclamó la condesa retorciéndose los brazos con desesperación, ¡tú, mi prima! ¡tú, mi hermana!

—¡Sí! ¡quiero que me maldigas! ¡Sí! ¡quiero que me aborrezcas! ¡quiero que sientas el corazón abrasado de odio, y que no puedas aspirar á la venganza, porque te he reducido á la impotencia!

¡Mira, hace cinco años, desde tu casamiento, que todos los criados, comprados por mi oro, te vendían; que todos tus comensales, seducidos por mis halagos, te vendían. Y no me contentaba con sus revelaciones, yo misma te espiaba, yo te hacía espiar hasta por mi hijo....

Tu conducta en mi tertulia era comentada de mil maneras distintas: se comentaban de mil maneras distintas tus acciones y palabras. Aquello era sembrar: ¡la recolección vino después!...

Una noche, oculta en el gabinete de tu esposo, vi en dónde ponía los acusadores papeles, y al día siguiente estabas perdida.

Hoy he entregado á tu esposo las pruebas de tu deshonra: el oro todo lo alcanza, y nada te queda ya sobre la tierra.

Rosa se detuvo sobrecogida por un pensamiento que acibaraba su triunfo, y su mirada se fijó de nuevo en la cuna. La condesa y yo comprendimos á la par lo que encerraba aquella mirada, y nos abalanzamos á la niña, cubriéndola con nuestros cuerpos.

Rosa se sonrió de un modo extraño.

—¡Adios, adios! dijo con su tono irónico. Bastante he hecho por hoy; te he enseñado á odiar y te he quitado los medios de vengarte.

Al decir esto salió de la estancia, cerrando tras sí la puerta.

Era tan grande nuestro espanto, que mi ama y yo permanecimos largo rato arrodilladas á ambos lados de la cuna y estrechamente abrazadas.

—¡Nicanora! exclamó por último la condesa. ¡Suceda lo que quiera, necesito ir á buscar á mi marido! ¡Quédate con mi hija! ¡cierra por Dios la puerta! ¡Por Dios, que ella no entre y te sorprenda! ¡Me la robaría!

En vano quise oponerme á una determinación que me pareció insensata.

¡Salí!... Fué á llamar una por una á todas las casas del pueblo, olvidando que su esposo estaba proscrito y podía ser delatado....

Pero no: los habitantes de aquel pueblo la habían visto nacer, y le amaban como á un padre. Los leales labradores respondieron con lágrimas á las lágrimas de la desdichada, y se brindaron á acompañarla, para reconocer la campiña.

La noche estaba lóbrega y pavorosa. Encendieron hachas de viento. Triste era el cuadro que presentaban aquellos hombres marchando al través de los bosques, con la ansiedad pintada en el semblante, y precedidos de una mujer pálida y desgredada.

La roja luz de las hachas, contrastando con todo lo demás del paisaje, sumido en la oscuridad más densa, daba un tinte sombrío á aquella extraña escena. Para colmo de desventuras, los densos nubarrones, azotados por un viento tempestuoso, se desgarraron, y una copiosa lluvia inundó el suelo.

Los labradores; pero...

De repente...

Se acercó...

¡Era el conde!

Se hallaba...

dos se elevaban...

Un poco de...

lo largo de...

rio inmediato...

altura, habiendo...

hecho del...

La condesa...

dáver después...

Transportada...

redoblados...

esfuerzos,...

nado con...

arrastrado...

—Y se e...

terruñó...

conde vive...

—¡Nó, n...

ra llena de...

—¡El! ¡Q...

La anciana...

derla, y re...

—Nadie...

—Es que...

tratase de...

te, entre s...

cándola de...

pide V. la...

—Nicanor...

y murmuró...

—¡Ha di...

obediencia...

—Es cie...

Más faci...

La ancian...

tiempo en...

términos:

—Pasáse...

che, en me...

labras con...

añadió par...

á su hija,

nadament...

contaba un...

dia ciarla...

CC

Una de...

civilizada...

tillo de C...

Acabab...

do á su es...

bronquitis...

cia de un...

grandes y...

Coques se...

sacrament...

hermosa a...

La bar...

llaman un...

inteligenc...

hubieran...

biesen ad...

Antes d...

conseguir...

grande op...

la instrum...

zarse los e...

rin, se ar...

nive exiji...

papeles fu...



Los labradores rogaron á la infeliz condesa que se detuviese; pero ella continuó marchando siempre, atravesando torrentes, salvando precipicios; nada la arredraba. De repente se detuvo, y extendió su trémula mano, señalando á los labradores un objeto informe.

Se acercaron....

¡Era el caballo del conde, destrozado y palpitante todavía!...

Se hallaba en el fondo de un barranco, y á ambos lados se elevaban dos vertientes de inaccesibles montañas. Un poco más adelante, la senda estaba interceptada por un torrente, que despeñándose de lo alto, se deslizaba á lo largo de ella, é iba á confundir sus aguas con las del río inmediato. Sin duda el caballo, cayéndose desde la altura, había rodado hasta el abismo; pero ¿qué se había hecho del ginete?

La condesa no pudo resistir á la idea de hallar su cadáver despedazado, y cayó sin sentidos en el suelo.

Transportaronla los unos al pueblo, mientras los otros redoblaban sus pesquisas; pero vanos fueron todos sus esfuerzos, pues no hallaron ni aun vestigios del infortunado conde, y acabaron por creer que el torrente habría arrastrado su cadáver entre sus espumosas ondas....

—Y se engañaron en sus conjeturas, ¿no es verdad? interrumpió Andrés, mirando á la anciana fijamente. ¡El conde vive aun!

—¡No, no, le juro á V. que no es él! exclamó Nicanora llena de turbación.

—¡El! ¿Quién? preguntó Andrés con ansiedad.

La anciana comprendió que su terror acababa de venderla, y repuso con aparente calma.

—Nadie, ¡pero se dicen tantas cosas!...

—Es que, repuso Andrés sin dejar de mirarla como si tratase de leer la verdad en la expresión de su semblante, entre sus cartas de V. existe una... ésta... añadió sacándola de entre las otras, y si mal no recuerdo, en ella pide V. la recompensa de cierto servicio muy importante. Nicanora se puso, si cabe, más lívida de lo que estaba, y murmuró, cogiéndole convulsivamente del brazo:

—¡Ha dicho V. que esas cartas serian el premio de mi obediencia!...

—Es cierto: continúe V. su historia.

Más fácil era esto de decirlo que de hacerlo.

La anciana, enteramente desconcertada, tardó algún tiempo en reunir sus ideas y proseguir en los siguientes términos:

—Pasáronse tres días después de aquella azarosa noche, en medio de una aflicción tal, que no encuentro palabras con qué pintarla. A este cúmulo de pesares, se añadió para la infeliz Elvira, el de no poder ya alimentar á su hija, á la cual criaba con maternal esmero. Afortunadamente, yo, como he dicho, tenía una niña que solo contaba un mes, y siendo mi naturaleza tan robusta, podía criarla á las dos.

Ofrecí mis servicios á la condesa, y los aceptó con júbilo, porque tenía en mí una confianza ciega é ilimitada. ¿Y cómo no tenerla? Yo había nacido en su casa, todo se lo debía á sus padres, hasta el esposo á quien lloraba. ¡Hubiera sido un verdadero absurdo dudar de mi lealtad!

El trágico suceso de aquella noche funesta, y las amenazas de Rosa, habían atemorizado de tal manera el espíritu de mi pobre ama, que no se atrevía á separarse ni un solo instante de su hija, y solo cerraba sus cansados párpados al sueño cuando me veía velar al lado de la cuna.

(Se continuará.)

## CONVERSACION CON LAS DAMAS.

Una de las mujeres más distinguidas de la Europa civilizada, la baronesa de Maistre, ha muerto en el castillo de Coques, á algunas leguas de París.

Acababa de llegar de Cannes, donde había acompañado á su esposo, que hacia mucho tiempo sufría de una bronquitis aguda; y ha bajado al sepulcro á consecuencia de una enfermedad del corazón, desarrollada por grandes y profundas penas: apenas llegó á su castillo de Coques se sintió enferma de tal gravedad, que pidió los sacramentos; y no bien los hubo recibido, entregó su hermosa alma á Dios.

La baronesa de Maistre, era lo que sus compatriotas llaman una *nature d'élite*: estaba dotada de una rara inteligencia musical, y ha compuesto varias óperas que hubieran hecho la fortuna de los empresarios que las hubiesen adquirido.

Antes de la guerra franco-prusiana esta señora había conseguido que se recibiese en el teatro Italiano una gran ópera que había escrito, con el título de *Ninive*: la instrumentación estaba terminada, é iban ya á empezarse los ensayos, cuando el director del teatro, Mr. Perrin, se arrepintió y puso la objeción de que la ópera *Ninive* exigía grandes gastos de decoraciones y de trajes: los papeles fueron, pues, recogidos, y la ópera devuelta á la

baronesa, que sintió una sacudida mortal ante tal decepción.

Poco después supo que la informalidad de la empresa del teatro respecto á ella, era debida exclusivamente á intrigas é influencias femeninas.

A contar desde esta época, la salud de la baronesa se vió seriamente atacada: jamás hablaba de aquella decepción sin una profunda amargura; esta señora no se parecía á nadie, y los que la hemos visto una sola vez, no la olvidaremos jamás: febril, exaltada, sabiendo lo que valía, viéndose desconocida, cuando tantas otras llegaban á sus fines sin tener ni su talento ni su constancia, su imaginación le ha abierto la tumba, poniendo en su corazón el germen de la enfermedad á que ha sucumbido.

Además de sus óperas, que son numerosas, y que acaso quedarán para siempre desconocidas, la baronesa de Maistre componía música religiosa. En la iglesia de la Trinidad de París, se cantó un *Stabat-Mater*, que luego se repitió en la capilla de Versailles, obra suya, y que fué extraordinariamente aplaudido, y está considerado como una obra maestra.

En Bruselas se cantó una ópera suya del género fantástico titulada *Ronsse al Kas*, y que obtuvo un éxito inmenso, al que asistieron los reyes, los condes de Flandes y toda la corte.

El año pasado perdió á sus dos hijas: la mayor, casada ya, y una de las más bellas jóvenes de la alta sociedad francesa, sucumbió á una enfermedad del pecho: la segunda fué víctima de un incendio; por eso la baronesa había escrito con el corazón destrozado por el dolor su *Stabat-Mater*, y por eso hizo una obra inmortal.

La baronesa era la rectitud, la bondad, la benevolencia encarnadas en una hermosa y elegantísima mujer: alta, delgada, esbelta, su edad ya avanzada y su mala salud, no habían podido borrar los rasgos de una belleza extraordinaria ni apagar el fuego de sus grandes ojos: ¡aquellos ojos se han cerrado para siempre, y toda la divina armonía que brotaba del alma de la baronesa, se ha apagado con ella!

Aun en los países donde mejor recompensa halla el talento, no basta siempre tenerlo; y como en todas partes la negra envidia y la vil intriga dirigen sus dardos á las almas grandes y elevadas, y al verdadero y luminoso talento!

El arte ha perdido una de sus hijas más ilustres: la alta sociedad francesa una de sus más distinguidas representantes: ¡os que la amábamos una amiga incomparable.

\*\*\*

Sigue en toda Europa la funesta afición á los viajes en globo, y ha penetrado ya en España: una compañía acaudalada va á construir uno en Barcelona, donde ascenderán varias personas conocidas por sus aficiones artísticas: entre ellas hay dos ingleses; por una ceguera inexplicable, no se quiere fijar la atención en las repetidas desgracias que estas ascensiones ocasionan, siendo una de las últimas la ocurrida hace pocas semanas en Inglaterra.

¿Por qué ese afán de elevarse á espacios que Dios no ha querido que conozcamos? ¿Por qué desear llegar á las regiones del aire, cuando hemos sido creados para vivir en la de la tierra?

El Sr. Arban, director de orquesta en París, tiene un hijo de pocos años. Arban perdió á un hermano, aeronauta, que hace algún tiempo salió de Barcelona en un globo y no ha vuelto á saberse de él, á pesar de los grandes trabajos del célebre músico. Al leer en familia un periódico en que se daba cuenta de que reapareció en Escocia el aeronauta que salió de Calais y se le creyó muerto, el niño de Arban, entusiasmado con la noticia y recordando lo mucho que había oído á su padre hablar de la ascensión y pérdida de su hermano, el niño se asomó al balcón y miraba el cielo. «¿Qué hace?» le preguntó su padre, y respondió con el infantil candor de cinco años: — «Papá, miro al cielo á ver si vuelve mi tío.»

¡Ay! estas reapariciones son muy raras, y tienen lugar muy pocas veces. Generalmente los aeronautas caen al fondo de las aguas ó en algún espantoso precipicio, y jamás se les vuelve á ver en el mundo de los vivos.

Amante como el que más de los adelantos de la ciencia, la que esto escribe deplora amargamente el estudio de aquellos que cuesta la vida á una ó muchas personas; en cambio hay otras que salvan la existencia y la fortuna de muchos seres, y á estos los aplaude con todo el entusiasmo de un alma que se interesa por el bien de sus semejantes.

A los inventos más útiles y más humanitarios pertenece el para-rayos, que precave las desgracias de los fenómenos celestes, en vez de ir á investigar con soberbia curiosidad su procedencia.

Muchos males han causado los temporales de los últimos años, no solo en España, sino en toda Europa: pue-

blos enteros se han quedado reducidos á la miseria, y en algunos el rayo ha convertido en escombros las casas, y en cadáveres á las personas jóvenes y llenas de vida y de esperanzas!

¿Por qué no se utiliza el gran descubrimiento del sábio Franklin para evitar tantas desgracias?

El primer para-rayos le colocó el insigne inventor en casa de un comerciante de Filadelfia el año de 1769: el invento no tomó carta de naturaleza en Europa hasta 1780. Jorge III, rey de Inglaterra, dispuso que se colocase un para-rayos en Whitehall.

Hace algunos años, un francés, Mr. Boissvallée, hizo colocar la férrea varilla en su casa de Saint Omer: esto dió origen á la formación de un proceso que defendió con gran brillantez el célebre Robespierre.

Una vez conocidas las ventajas del invento, se olvidaron absurdas preocupaciones y se generalizó por todo el mundo civilizado.

En el Escorial, un para-rayos hubiera evitado las grandes pérdidas, ocasionadas por tres incendios consecutivos, pérdidas que algunas de ellas son irreparables.

Otros dos preciosos inventos, han sido los telescopios y los anteojos, los primeros instrumentos inapreciables para precaver peligros aun lejanos, para aumentar la vista, y los segundos alivio de la debilidad ó cortedad de la misma.

Rogelio Bacon ha tenido la fortuna de que se le atribuyan todos los descubrimientos, cuyo autor es desconocido, y entre otros se le conceden el de la pólvora y el de los anteojos.

Y sin embargo, el verdadero inventor de estos últimos es un florentino, llamado Salvino de Armati, que murió en 1317, aunque algunos dicen también que los anteojos los inventó el monje Alejandro Despina, de la orden de predicadores, muerto en Pisa en 1313.

Los primeros anteojos de que se hace mención datan del año 1299.

El telescopio no apareció hasta el siglo XVI. Fué inventado por un óptico de Middelbourg, llamado Zacarías Jansen, que debió este descubrimiento á la casualidad, sin comprender el partido que de él podía sacar.

En 1610, Juan Lappuy hizo un telescopio, aprovechando el descubrimiento de Jansen.

Galileo perfeccionó y popularizó después este instrumento, y por esta razón fué llamado durante largo tiempo *el tubo de Galileo*.

¡Cuán dignos de aplauso son los esfuerzos de la ciencia cuando son tan útiles á la humanidad, como los tres últimos reseñados!

\*\*\*

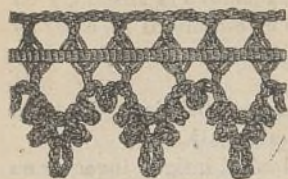
La estrella más radiante de París, la que llama más la atención en salones y fiestas, es una joven que tiene el aspecto de una niña. Sostiene en la actualidad el cetro de la moda la delicada, pequeña y blanca manecita de la condesa de Kaúl: una *adorable miniature de jolie femme*, como dicen los que la conocen: esta señora, que no tiene aun veinte años, es un delicioso tipo femenino, que entra en la categoría de las mujeres descritas por Balzac: su exquisita elegancia y su gusto perfecto hacen de ella una sensitiva de elegancia: busca siempre la distinción en lo que ésta tiene de más lujoso y á la vez de más sencillo.

Cuando la condesa de Kaúl va á casa de su modista, de su guantero, de sus proveedores de flores, de encajes y de alhajas, les pide siempre con su dulce voccecita de seda y plata cosas que no llamen nada la atención: la divisa de esta joven, muy contraria á tantas otras, es: *ser y no parecer*; y observa aquella sencillez preconizada por madame Girardin, y que recomendaba "ponerse un vestido que costase mil francos, y que no produjese efecto sino en muy poca gente," es decir, en los conocedores del género exquisito por excelencia.

El *ridículo* ó *bolsa* está á la orden del día, lo mismo que en el tiempo feliz de nuestros abuelos: el primero que se ha visto en París lo llevaba la condesa de Kaúl, y no hay una dama verdaderamente elegante que no los use ya: Whort, el sastre-artista, corta sin cesar *ridículos*, que ya no tienen de tal cosa más que el nombre, porque la moda los ha adoptado y señalado el primer sitio en la elegancia del traje femenino; se hacen de la tela del traje, ó bien de guipure crudo, forrados de seda blanca: de esta última clase es el primero que se le vió á la estrella de la moda, ó sea la condesa de Kaúl; en él pone el pañuelo bordado y perfumado, el bolsillo ó porta-monedas, una almohadilla del olor que le agrada, ó sea del mismo que ya tiene el pañuelo, un frasquito de sales, todo un arsenal, en fin, de coqueterías: estas bolsas, hijas de las limosneras y de los bolsillos exteriores de los trajes, se arrollan al brazo por medio de un cordón de seda que termina en borlas.

LA CONDESA DE VAIFLORES.





30. Puntilla de crochet y trencilla cluny.

CORRESPONDENCIA.

Flor de Lis.— Entre dos balcones se coloca una consola u otro

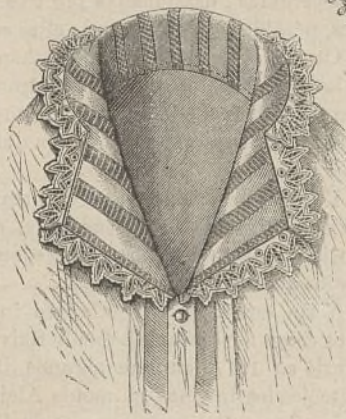
mueble cualquiera, pero nunca un sofá. El terciopelo en pieza debe conservarse doblado y no arrollado. Debe meterse entre dos cartones, cuidando de no poner encima cosa pesada que lo chafe.

Niza.— No señora, no se reciben las visitas llevando el peinador, como no sean de parientes o de personas muy íntimas. La que lo haga, como V. dice, no será persona muy distinguida.

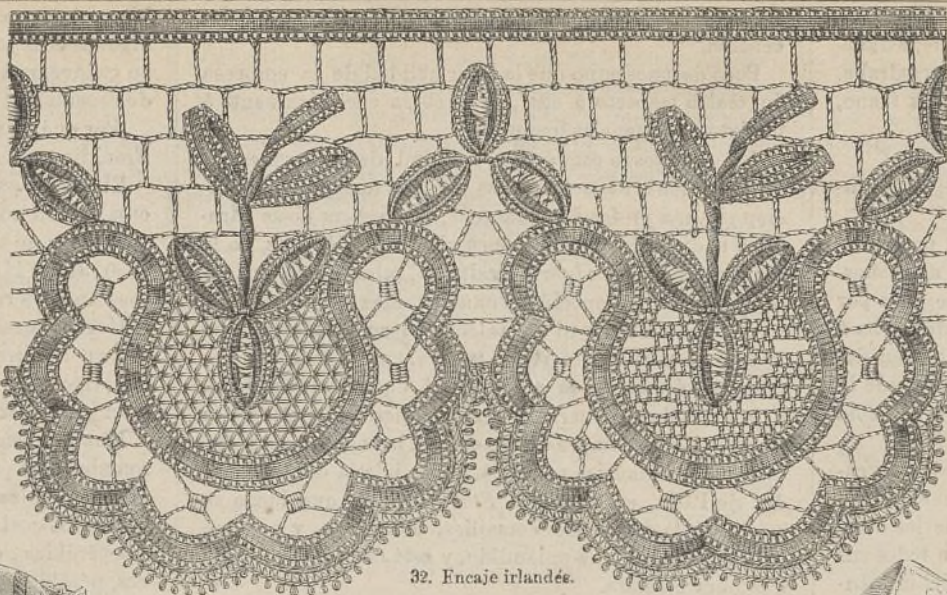
Una tarjeta no tiene el valor de una visita más que cuando la persona a quien se va a visitar se halla ausente de su casa. Es de muy mal tono dejar una misma tarjeta a los criados para que la entreguen a sus señores.

Genoveva.— El padrino entrega a la madrina las cajas de dulce, y ella es la que las reparte, primero a los convidados y luego a los parientes y amigos íntimos.

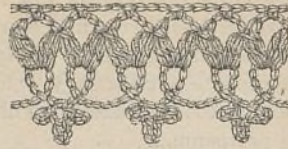
Al pie del Mont-blanc.— Por más que el Watterproof sea una prenda poco graciosa, no puedo aconsejar otra más útil para un largo viaje.



33. Cuello de percal. (Véase el núm. 34). (Patron: pliego del 18, por el revés, núm. XIII, fig. 56).



32. Encaje irlandés.



31. Puntilla de crochet.

la boca, la celebrada agua de Boto, el agua de tocador, vinagrillos de todas clases, polvos para los dientes, y otros mil artículos que sería prolijo enumerar. Gran novedad en artículos de peluquería, tales como las moñas de lazada, de tirabuzones, etc., las ondas, los picos y todo lo concerniente al mismo ramo.

También se remiten a provincias cuantos artículos se deseen, tanto de perfumería como de peluquería, sirviéndose los pedidos con prontitud y economía.

## EXPLICACION

del

## Figurin 1182.

Núm. 1.— Sombrero CORDELIA.— Es de paja gris oscuro, adornado con plumas negras y lazos de faya habana claro.

Núm. 2.— Sombrero SENCILLEZ.— Constituyen su gracioso adorno lazos de terciopelo o cinta de faya negra, y margaritas con follaje.

Núm. 3.— Este caprichoso sombrero se diferencia del anterior solo

34. Puño correspondiente al cuello 33. (Patron: pliego del 18, por el revés, núm. XII, fig. 56).

en parte del adorno, pues su copa está cubierta de una echarpe escocesa, graciosamente anudada bajo un grupo de rosas y margaritas.

Núm. 4.— Sombrero CAROLINA.— Ofrece la novedad de llevar bridas de cinta de faya blanca anudadas debajo de la barba, y su adorno consiste en cintas de faya azul de agua y caída de flores amarillas con follaje.

Núm. 5.— Sombrero LUCRECIA.— Este sombrero, sumamente elegante, aunque de forma un poco atrevida, no lleva más adorno que plumas negras rizadas y un lazo de cinta rosa.

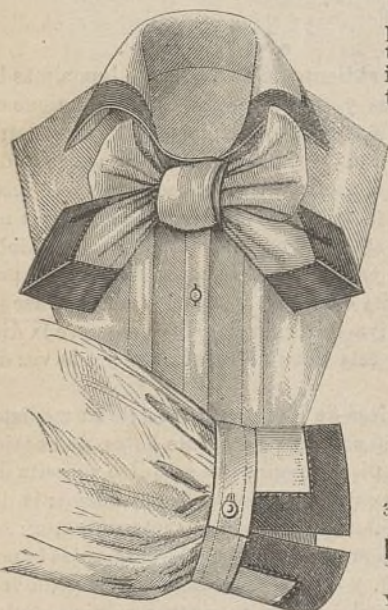
Núms. 6 y 7.— Dos prendas para sociedad.— El primero de cinta rosa fuerte con he-



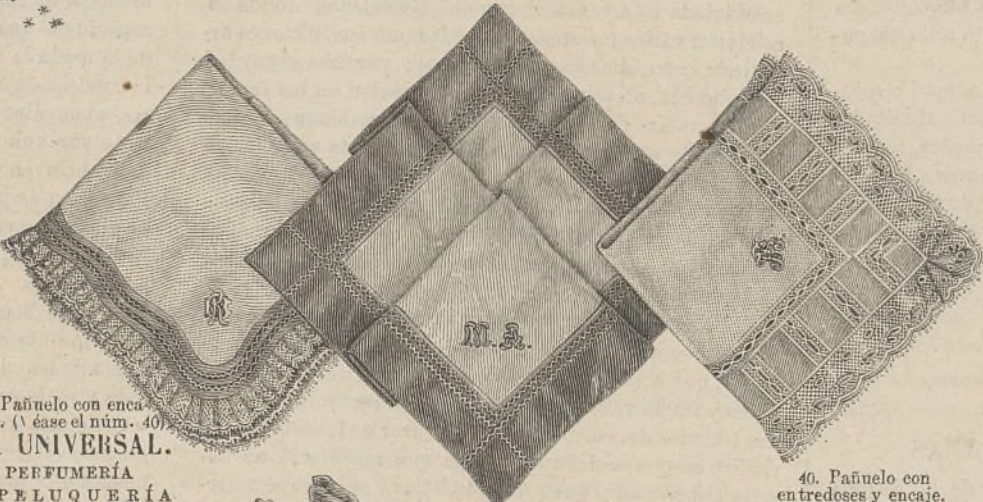
37. Sombrero para jardín. (Véase el núm. 43). (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. IV, figs. 8 y 10).

## VARIEDADES.

La distinguida escritora portuguesa, cuyas obras son tan estimadas por los amantes de la buena lectura, doña Guiomar de Torrezao, va a publicar muy en breve el precioso almanaque que todos los años dedica a las damas. Sabemos que enriquecerán el libro las mejores firmas tanto de Portugal como de España, y damos anticipadamente la enhorabuena por tan bello trabajo a su ilustrada autora.



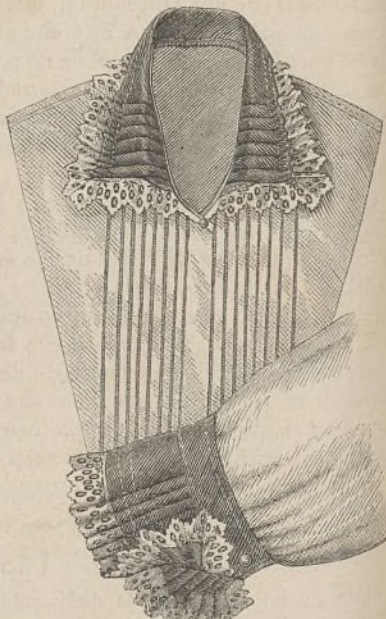
35. Cuello marineru. puño y corbata. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. V, figs. 11 y 13).



38. Pañuelo con encaje. (Véase el núm. 40).

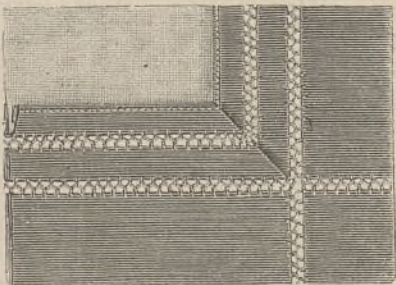
39. Pañuelo con jareton de color. (Véase el núm. 41).

40. Pañuelo con entredosos y encaje.



36. Cuello y puño plegados de percal de color.

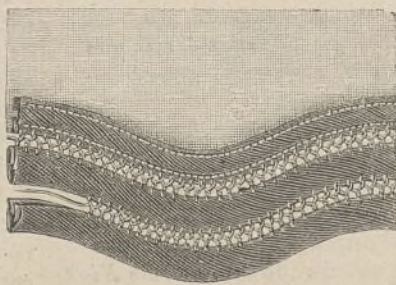
magnífico establecimiento, conocido también por *La Catalana*, acaba de recibir un gran surtido de las mejores fábricas del extranjero, que se apresura a ofrecer al cada día más numeroso público que acude a comprar sus géneros. Los artículos de perfumería son de los más superiores hasta el día conocidos, mereciendo especial mención, entre los blancos, el de Lis, la velutina y los polvos de cachemir, que tanta suavidad y belleza dan al cutis; los tintes para el cabello, desde el rubio más claro hasta el negro mate, que no manchan el casco ni la ropa, son inmejorables. Ha recibido asimismo verdaderas especialidades en jabones, contándose entre ellos los de Tridacio, coldcream y velutina; extractos ingleses, con los perfumes más de moda, agua de colonia de María Farina, exquisitos elixires para



41. Cenefa para el pañuelo núm. 39.



43. Mantelo para vestido. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. III, figs. 6 y 7).



42. Cenefa para el pañuelo núm. 38.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Las Sras. Suscriptoras a la 2.ª Edición, que reciben el pliego de patrones a que tienen derecho con el número del día 2, en el próximo mes de Setiembre y los sucesivos, lo recibirán con el del día 18.

Asimismo, las señoras Suscriptoras a la 3.ª Edición, recibirán el pliego de dibujos para bordados, con el número del día 2, en vez de recibirlo con el del 18.

Las Sras. Suscriptoras a la 1.ª Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid